

CAPÍTULO III

UNA EXPEDICIÓN NOCTURNA

El negro miraba fijamente á Costal; en seguida, viendo que éste parecía esperar que él diera primero su opinión :

— Hay sin duda muchos medios de tomar este fuerte — dijo — y si yo fuera general del ejército...

— Y bien ¿qué haría Ud.? replicó el Indio.

— No me sería difícil encontrarlos; pero confieso que en mi calidad de simple artillero, no hallo ninguno: es muy natural. Tal es mi opinión. Ahora veamos la de Ud.

— Yo le predigo, Clara, que Ud. no será general tan pronto con tales expedientes en la imaginación. Sí, indudablemente, hay muchos medios de tomar un fuerte: por hambre ó por asalto. No somos bastante numerosos para tomar éste por asalto.

— Tomémoslo entonces por hambre — dijo el negro — así lo quisiera; y para eso, el modo es muy sencillo: no hay más que interceptarle los víveres.

— ¿Cómo?

— Ese es asunto del general y no nuestro. El nuestro sería echar el guante á la Sirena de los cabellos torcidos tras la cual corremos desde hace quince meses.

— Todavía algunos más — replicó Costal — en el

próximo solsticio de verano, en el plenilunio... habré pasado de los cincuenta años...

Bajo la influencia de su idea fija, la deliberación de los dos compañeros iba indudablemente á cambiar de objeto, cuando el estruendo de un cañonazo lejano llegó á interrumpir á Costal y á traerlo de nuevo al punto de partida.

— Es el cañón del fuerte — dijo.

— No, respondió el negro — es de la isla de la Roqueta.

Un segundo cañonazo, y esta vez disparado en el fuerte, confirmó la aserción de Clara, pues su detonación fué menos sorda.

— Eso es alguna señal cambiada con la guarnición de la isla — dijo Costal — ¿y con qué fin?

Al mismo tiempo, sobre la bóveda aún oscura del cielo un cohete trazó una curva luminosa brotando de la cima de la fortaleza; y algunos minutos después, una luz parecida se diseñó en el aire del lado de la isla de la Roqueta.

— Es algún navío de abastecimiento para los sitiados — prosiguió el Indio. — Esperemos aquí á que el día aclare y sabremos distintamente lo que pase entre el fuerte y la isla; y si es lo que yo pienso, esto podría muy bien ser el medio de interceptar los víveres á los sitiados.

— Mientras esperamos, los recibirán — dijo Clara.

— Sí, pero será por última vez.

El día no tardaría en aparecer. Ya por el oriente, á través de las aberturas de las nubes asomaban como lejanos resplandores de un incendio. Bien pronto el sol perforó con sus rayos los bloques de espesos vapores acumulados en el horizonte.

— ¿Ve Ud. allá lejos cerca de la isla? dijo Costal.

Sobre un fondo luminoso y por debajo de los jarales verdosos de los árboles que bordeaban la isla, se diseñaban como ligeras redecillas la arboladura y los aparejos de un navío.

— Es el barco que acaba de llegar — continuó el Indio — no estaba ayer. ¡Y bien, Clara! ¿No le dice nada eso?

— Es claro : me dice que allá lejos está un buque y que los sitiados pronto recibirán nuevas provisiones.

— ¡Pues bien! yo tengo mi idea — replicó el Indio. — Vamos á comunicar nuestro plan al general.

Mientras que Costal y Clara deliberaban acerca de los medios de tomar la fortaleza, dos personajes de muy diferente importancia celebraban consejo sobre el mismo asunto en la tienda del general en jefe.

Eran Morelos y el mariscal don Hermenegildo Galeana. El primero tenía aún impresas sobre su rostro, las pasiones violentas que acababan de agitarle y hasta había descuidado sacudir el polvo que cubría su vestido.

El mariscal estaba sombrío porque veía obscuras nubes sobre la frente de su querido general, pues, por lo que á él se refería, ningún cuidado habría podido ensombrecer su rostro marcial.

Un plano del puerto y de la rada de Acapulco se hallaba extendido ante ellos, á la luz de dos bujías cuya luz se debilitaba poco á poco á causa de la llegada del día.

— Como nos decía este pillo de Gago, aunque pudiéramos tomar Acapulco por un golpe de mano, nuestra conquista no sería definitiva mientras no fuéramos dueños de la fortaleza. Aunque criollo, el comandante Pedro Vélez afecta considerarse como español; quiere — dice — permanecer fiel á la fe política de sus padres; y Ud. sabe, don Hermenegildo, lo que él responde á mis requerimientos y á mis ofertas.

— ¡No y siempre no! — respondió Galeana á las palabras de Morelos. Pero tomemos siempre la ciudad y ya veremos después.

— ¡Pero este fuerte! — repetía Morelos enseñándole el plano.

Hemos dicho que el fuerte se hallaba construído á la orilla del mar á poca distancia de la ciudad en medio de las profundas simas que se abrían á su alrededor. Dominaba á la vez el mar y la ciudad. A dos leguas de allí, se

levantaba una isla denominada la Roqueta, confiada al cuidado de una débil guarnición. Por medio de sus comunicaciones con aquella islita, el castillo podía fácilmente ser avituallado.

Morelos continuó :

— Vélez conoce la fuerza y las ventajas de una posición, que, en un caso desesperado, le permite la retirada por mar; el fuerte abunda en municiones y espera que su resistencia dará tiempo á las tropas realistas para venir en su socorro. Serfa pues necesario poner sitio por tierra y por mar; pero el éxito sería tan dudoso, como difícil la empresa. Los días, las semanas y los meses transcurren en tentativas de todas clases; y en el momento en que esperamos que los víveres y las municiones van á faltar en el castillo, tenemos el dolor de ver aproximarse, protegido por el doble fuego de la Roqueta y del fuerte, un navío español que lleva á la ciudadela nuevos elementos de resistencia.

— Tomemos siempre la ciudad, señor General — repitió Galeana — la ciudad al menos nos proporcionará recursos sanitarios que no tenemos en estas abrasadas playas. Un sol mortífero y la reverberación ardiente de la arena en medio de la cual nos vemos obligados á acampar, han producido fiebres mortales en nuestro ejército. Nuestros convoyes de víveres nos llegan con mucha dificultad y los sitiadores, por una singular anomalía, sufren más de la escasez que los mismos sitiados. La enfermedad, la falta de alimentos sanos y los fuegos del fuerte, limpian nuestras filas de modo espantoso. Es preciso pues, pensar en apoderarnos desde luego de la isla de la Roqueta para atacar por hambre al enemigo y obligarlo á rendirse. La empresa es peligrosa, lo sé: apenas tenemos número suficiente de embarcaciones para contener unos sesenta hombres y es necesario atravesar dos leguas de mar en una época en que los ventarrones principian á hacerse frecuentes; luego, abordar con muy pequeño número una isla fortificada y defendida por una guarnición vigorosa. Sin embargo, cuales-

quiera que fuesen los peligros de esta empresa, yo la intentaría por la gloria de su nombre — acabó el intrépido mariscal.

— Por más que Ud. me haya enseñado á no dudar nunca del éxito de toda empresa que se le confía, amigo Galeana — respondió el general sonriendo — ésta es de tal naturaleza que la prudencia se opone á semejante idea.

— Yo me atrevo no obstante á contar con su beneplácito para realizar ésta, señor general, con una condición, sin embargo...

— ¿Cuál?

— Si mis señales le advierten que la isla de la Roqueta está tomada, como me verá precisado á mantener allí una guarnición, Vuestra Excelencia tomará la ciudad.

Morelos se quedó unos instantes pensativo y quizás iba ya á responder con una negativa más formal, cuando el ayudante Lantejas que habitaba una especie de antecámara de la tienda, sabiendo que el general se hallaba conferenciando con Galeana, entró á solicitar permiso para introducir á Costal para una comunicación de importancia que decía tenía que hacer.

— Dígnese Vuestra Excelencia dejarlo entrar — dijo el mariscal — este Indio casi siempre tiene buenas ideas!

Morelos hizo una señal de asentimiento; y el zapoteca entró en la tienda. Cuando hubo obtenido permiso para hablar:

— Señor General — dijo — he estado en las alturas de Hornos; y al rayar el día, he visto distintamente una goleta anclada cerca de la Roqueta.

— ¿Y qué?

— ¡Y qué! Sería muy sencillo, muy fácil, esta tarde, por la noche deslizarse hasta allá y apoderarse de ella á favor de las tinieblas, de esa goleta; y cuando seamos sus dueños...

— Interceptaremos todos los convoyes destinados al fuerte — exclamó impetuosamente Galeana — y lo toma-

remos por hambre. ¡Señor General, es Dios quien habla por boca de este Indio! Vuestra Excelencia no puede negar ahora el permiso que solicito.

Los peligros enumerados por Galeana no dejaban de subsistir. Sin embargo, vencido por las instancias del mariscal, seducido por la perspectiva de los resultados que conducirían sin duda alguna á la toma del fuerte, Morelos consintió en otorgar el permiso que se le pedía.

— Si es que yo he aprendido á conocer bien el aspecto de las nubes — dijo Costal — la salida del sol anuncia precisamente para esta tarde, una noche sombría y un mar calmado... á lo menos hasta la media noche.

— ¿Y después de media noche? — preguntó el general.

— Una tempestad y un mar borrascoso; pero antes de media noche, la goleta y la isla serán tomadas — replicó el Indio.

— ¡No lo diría yo mejor! — exclamó el mariscal.

Se dispuso en la junta que la expedición sería mandada por los Galeanas, el tío y el sobrino. Este era un favor que solicitaba el mariscal para el último. También el capitán Lantejas mandaría una ballenera con Costal bajo sus órdenes.

— El valiente don Cornelio no nos perdonaría tomar la isla sin él — dijo Galeana.

El capitán sonrió marcialmente, por más que le pareciera como lo menos malo del mundo que se le hubiese excluido de correr los peligros de aquella expedición; pero según su costumbre y conformándose al enérgico refrán español: *hacer de tripas corazón*, afectó encantarse de que se pensara en hacerle tan grande honor.

Los pronósticos de Costal parecían confirmarse enteramente: el tiempo estuvo sombrío durante todo el día que se empleó en los preparativos para la noche. El sol se había ocultado entre densos vapores.

Cerca de las ocho, cada uno tomó sitio en las embarcaciones que pudieron contener, apretándose mucho, cosa de ochenta hombres.

Estas embarcaciones eran tres grandes balleneras y una canoíta, todas en mal estado; pero como en aquella época era la única marina militar que poseía la insurrección, era necesario contentarse.

Se hicieron al agua, con los remos cuidadosamente envueltos en trapos para que hicieran menos ruido. La noche estaba tan oscura, en verdad, que no tardaron en perder de vista los altos acantilados de la orilla y la negra silueta del castillo.

Además de Costal y cuatro remeros, había en la pequeña canoa mandada por don Cornelio, cinco *costeños* de Galeana, once hombres por todos.

Esta embarcación era la que estaba menos cargada; y por esta razón marchaba á la cabeza y servía como de punto de mira de la modesta flotilla. El Indio Zapoteca manejaba el timón y gobernándolo, hacía notar al capitán un espectáculo que, por lo demás, éste veía bien sin necesidad de que se lo enseñaran: tres ó cuatro tiburonzos que aparecían de cuando en cuando en el surco luminoso trazado por la quilla de la canoa.

— ¡Vaya! — dijo Costal. — Ustedes ven bien á esos animales que nos siguen con tanta obstinación que parecen sospechar que la canoa que nos lleva está medio podrida. ¡Bueno! Yo quisiera que mi amigo Pepe Gago fuera uno de ellos: le iría á dar de puñaladas en presencia de los otros.

— ¿Todavía piensa Ud. en ese pillo? replicó don Cornelio.

— Más que nunca; y no dejaré el ejército de Morelos, ni aun á la terminación de mi compromiso, sólo por la esperanza de que uno ú otro día tomará el fuerte de Acapulco en donde está encerrado ese miserable traidor.

Lantejas, por el momento, no prestaba mucha atención á lo que decía el Indio: el temor que había externado acerca de la solidez de la canoa le preocupaba más que los proyectos de venganza de Costal; y deseaba, á pesar del riesgo de la recalada, abordar lo más pronto posible en la isla de la Roqueta.

— Esta canoa camina muy despacio — repetía muchas veces.

— Siempre está Ud. precisado por batirse — dijo riendo Costal — y sin embargo, ahora debemos ir con menos rapidez porque nos acercamos á la isla.

Un punto negro parecía en efecto flotar sobre la agua como ave marina que reposa un instante sobre la onda para tomar de nuevo su vuelo: era la isla, sombría, silenciosa, sin luz.

— Creo, con su permiso, señor capitán — dijo Costal — que obraríamos cuerdamente en dejar que se reúnan las balleneras para pedir permiso al mariscal para adelantarlas. Nuestra canoa es bastante chica para aventurarnos á practicar solos un reconocimiento cerca de la isla, desde donde muy luego se descubrirían esas grandes embarcaciones.

— Con mucho gusto.

Y, á la orden del capitán, los remeros dejaron reposar sus remos. La primera ballenera se reunió muy pronto á la canoa: era la de Galeana.

— ¿Qué hay? — exclamó el mariscal. ¿Ha visto Ud. algo?

Don Cornelio le transmitió el consejo de Costal y mientras que á su turno las tres barcas hacían alto, la canoa tomó de nuevo rumbo hacia la isla. Esta surgía poco á poco por encima de la superficie del mar. Sin embargo, todavía era imposible distinguir algo en tierra, en medio de la obscuridad, á no ser la aguda punta de los mástiles y las vergas en cruz de un pequeño navío anclado. Era la goleta ya indicada.

Los remos, cuya envoltura de trazo amortiguaba el ruido, no producían al moverse, sino un débil chirrido, agudo como el silbido del *satanite* (1), anunciador de la borrasca, y apenas si turbaban, al sumergirse, las olas que se alzaban como cortinajes de azul negruzco. Los tiburones que persistían en seguir tras la canoa, ilu-

(1) Nombre que los marinos dan á la golondrina de mar.

minaban con regueros de fuego las ondulaciones del mar. Por todas partes brillaban las *galeras* con claridades fosforescentes sobre la superficie del mar : se habría dicho que el cielo, cuyas nubes ocultaban el azur, había dejado caer sobre el Océano su manto tachonado de estrellas.

Al cabo de algunos instantes de navegación silenciosa, la cubierta de la goleta se dibujó sobre la playa arenosa de la Roqueta y muy pronto también se distinguió la claridad que se escapaba por los vidrios de sus portas de batería de popa. El buque aparecía entre la noche como un gigantesco cetáceo que abriese sus enormes ojos para espiar lo que sucedía á lo lejos.

— Sería un magnífico golpe apoderarse desde luego de esta goleta — dijo el capitán — eso simplificaría mucho nuestro desembarque en la isla.

— En eso pensaba — replicó el Indio. El todo está en que algún marinero de guardia no nos perciba. Avancemos más dando la vuelta porque el tiempo precisa : es ya casi la media noche y esa espuma blanquiza que se agita sobre el agua indica la vuelta del viento y del viento de borrasca.

Diciendo estas palabras, Costal tiró de la barra del timón ; y la canoa describió rápidamente una curva que la puso muy luego fuera del alcance de los rayos luminosos que partían de la goleta.

Algunas ligeras ráfagas principiaban á soplar por intervalos ; el agua se hacía más luminosa é indicaba la presencia de electricidad en las nubes. La embarcación no tardó en acercarse á la parte de la isla más lejana del pequeño navío anclado ; y mientras tanto, las tres balleneras, que se habían quedado inmóviles, desaparecieron tras las ondulaciones abultadas del oleaje.

Algunos momentos más y los peligros próximos de la tierra se añadirían á los del mar, del cual tres de sus temibles habitantes, continuaban siguiendo obstinadamente la estela de la canoa. Parecían, como había dicho Costal, presentir la aproximación del botín.

Por más que se oyese la resaca contra los rompientes

de la isla, Costal y el capitán pensaban hallarse muy lejos aún para que los centinelas pudiesen percibirlos en medio de las tinieblas. De repente un haz inmenso de luz envolvió á la goleta de la cual no se distinguía más que la proa ; y los hombres de la canoa se hallaban aún deslumbrados por aquella claridad repentina cuando un terrible silbido se dejó oír en el agua.

La canoa recibió un golpe violento bajo una lluvia de espuma ; y en el mismo instante una espantosa detonación hirió los oídos de los que la montaban. Un grito de terror se exhaló de ella : dos soldados que parecían arrastrados por un torbellino desaparecieron en el mar, á dos pasos de la canoa.

Dos de los tiburones desaparecieron igualmente : sólo uno quedaba que parecía esperar á su turno su presa.

Don Cornelio se hallaba á popa con Costal, cuando, después del choque de la bala que se había llevado á los dos soldados, le pareció que la proa de la canoa estaba mucho más baja que la popa. Costal exclamó :

— ¡ Por Dios y por el Diablo ! ¡ La canoa ya no gobierna !

— ¿ Qué quiere decir eso ? le preguntó Lantejas espantado de esta nueva desgracia.

— Poca cosa, si es que esta maldita bala no se ha llevado un pedazo de la proa de la embarcación bajo el brahque y que la canoa se hunda con la punta abajo.

Un grito de desesperación lanzado por los desgraciados que se hallaban en la proa y que se hundían ya entre el agua hasta la mitad de sus cuerpos, reveló al capitán la precisión inexorable de las palabras de Costal.

— ¡ Gran Dios ! — exclamó — ¡ estamos perdidos !

— Ellos, no digo que no — respondió Costal con una sangre fría terrible ; pero no nosotros. Estése allí y no me pierda de vista. ¡ Oh ! ¡ allá ! ¡ poco á poco ! — continuó rechazando á uno de los costeños colocados en el centro de la canoa, que á su vez invadido por el agua, se prendía de los vestidos del Indio — ¡ aquí cada uno para sí !

Y como el desgraciado tratase de acogerse á sus brazos

crispados, Costal le arrojó de una cuchillada por encima de los bordos de la canoa : esta vez desapareció el tercer tiburón. Un grito horrible partió de un pedazo de hombre que rápidamente se abismó entre las aguas.

— El lo quiso — dijo el zapoteca siempre impasible — ¡ que su ejemplo sirva de lección á los otros !

Cada uno tomó la advertencia para sí y no se ocupó sino en el cuidado de agarrarse como mejor pudiera á las partes aún no sumergidas, de la embarcación.

Voces lúgubres parecían surgir del fondo del abismo á la superficie del océano ; ó llegar á los oídos de los naufragos en alas del borrascoso viento. Rayos deslumbradores desgarraron bien pronto el espeso velo de las nubes ; é iluminaban la inmensidad en que el huracán desencadenado principiaba á torcer la cima de las olas.

El espantoso cortejo de monstruos marinos apareció otra vez : entorpecidos por su reciente banquete, nadaban pesadamente á lo largo de la canoa medio sumergida. Sus aletas lanzaban resplandores eléctricos. La embarcación se ponía más y más perpendicular. Un hombre se hundió para no reaparecer nunca más ; luego, otro le siguió arrancado violentamente por uno de los monstruos, de una tabla, su último medio de salvación, que estrechaba convulsivamente entre sus brazos.

Ante este espantoso espectáculo, don Cornelio, más muerto que vivo, invocaba á Dios y á todos los santos con un fervor de que es fácil formarse cabal idea.

— Fíese Ud. más de su valor que de los santos de su paraíso — le decía de cuando en cuando el impasible pagano que se hallaba á su lado. — ¡ Ah ! si no fuera por Ud...

Costal no concluyó ; miraba á su alrededor con más atención. Otro hombre acababa de hundirse ; las aguas avanzaban tanto en la proa del esquife, que su inclinación se había aumentado más aún y ya á popa, donde se hallaban Lantejas, el Indio y un *tercero*, era necesario redoblar los esfuerzos para no rodar en la rápida pendiente. Sin embargo, á medida que los de proa desapa-

recían, la canoa, aligerada de su peso, parecía tomar de nuevo una posición más horizontal.

— ¿ Sabe Ud. nadar, capitán ? dijo Costal.

— Sí, lo suficiente para sostenerme algunos instantes sobre el agua.

— ¡ Bueno ! — dijo lacónicamente el Indio ; y antes de que don Cornelio tuviese tiempo de penetrar su intención, aprovechando el momento en que la ola hacía ladear la canoa sobre uno de sus costados, le dió en la misma dirección tan violento impulso que la hizo zozobrar.

Con tanta rapidez se hundió el capitán que no pudo exhalar un solo grito ; y un segundo después se sintió agarrar por sus vestidos con tanta fuerza que se creyó devorado. Volvió á la superficie completamente aturcido : Costal le sostenía con una mano mientras que con la otra se agarraba á la canoa que flotaba con la quilla al aire.

— No tema Ud. nada — dijo el Indio. — Aquí estoy yo con Ud.

Y sus esfuerzos, unidos á los que maquinalmente hacía el desgraciado capitán, llevaron por fin á este último hasta colocarse á caballo sobre la quilla del bote. El Indio se puso cerca de él. De once que eran momentos antes, sólo ellos quedaban.

Las perdidas miradas de Cornelio erraban por el vasto océano que comenzaba ya á rugir bajo su manto de espuma que fustigaba el viento.

— He sacrificado por Ud. á todos estos pobres diablos — dijo Costal. — Un cuarto de hora más y el bote se hubiera hundido bajo el agua. Ahora, por lo menos, en tanto que el mar no se ponga demasiado grueso, flotaremos en la superficie y las balleneras llegarán para salvarnos.

No vino al capitán la idea de reprochar al fiel Costal una crueldad provechosa para él ; pero que, sin embargo, conceptuaba inútil.

Durante el tiempo que empleaba en sus sinceros agradecimientos al Indio y sus ardientes plegarias al cielo,

Costal, con la sangre fría de un calafate que trabajase en sólido taller, se ocupaba, con ayuda de su cuchillo, en abrir á lo largo de la quilla carcomida del bote, entalladuras bastante profundas para enganchar las manos, repitiendo, con su voz tranquila é irónica :

— Agárrese siempre bien y no confíe mucho en los santos.

Bien pronto practicó bastantes y grandes aberturas para pasar los dedos y agarrarse de manera que no los arrastraran las olas que crecían á ojos vistas.

Cuando ambos se hubieron asegurado en tan débil máquina, los ojos de Costal trataron de penetrar á través del velo de tinieblas que los envolvía ; pero los relámpagos más frecuentes ya, no le dejaban ver sino un mar negro y amenazador y allá á lo lejos, la imponente mole de la fortaleza sitiada.

Las balleneras se hallaban invisibles ; y ni el eco respondía á los gritos que exhalaban los dos naufragos llamando á sus compañeros.

CAPÍTULO IV

LA GUADALUPE

El-desgraciado que flota á voluntad de las olas y del viento sobre un misero despojo de su barco despedazado, se encuentra apenas en una situación más desesperada que la del Indio y el capitán don Cornelio, ambos á caballo sobre la quilla de un bote que un golpe de mar podía hundir para siempre. Con que el viento creciera ó las olas aumentaran, era inevitable la pérdida de los dos aventureros.

Una vaga esperanza de que el Indio le libertase de este peligro, como de muchos otros de que la intrepidez de Costal le había arrancado, era lo único que sostenía al ex-estudiante de Teología. Así pues, examinaba con profunda atención los menores síntomas que le permitieran juzgar del estado de espíritu del zapoteca.

Hasta allí, su inalterable sangre fría no se había desmentido ; sin embargo, á medida que transcurría el tiempo sin distinguir las balleneras, las facciones de Costal se iban tornando sombrías y don Cornelio temblaba. Hay sin embargo distancia entre la inquietud y el desaliento ; y Costal, al parecer, no se encontraba sino en la primera de estas dos fases.

— ¡ Y bien, Costal ! — preguntó don Cornelio para